

«Ocuparon del piélagó los senos» (Ibidem).

«¡Oh, cuán ocioso está mi pensamiento! — cuando se ocupa en bien de cosa mía». Garcilaso de la Vega.

«La diversidad de los oficios en que se ocupa tiene diversos nombres». Fray Juan de los Angeles. (*Conquista del Reino de Dios*).

«No se ocupa en pensar o tratar de Dios». (Ibidem).

«...en los cuales la razón se ocupa demasiado con las cosas exteriores». Fray Juan de los Angeles. (*Manual de vida perfecta*).

«Parecía que solo se ocupaba en servirlos». Cervantes. (*El licenciado Vidriera*).

«...y más si la queréis ocupar en vuestro servicio». Cervantes. (*Don Quijote de la Mancha*).

«Mi madre tornó a ocuparse en ensartar las muelas»... «en que me tiene ocupado Su Majestad». Quevedo. (*El gran tacaño*).

«Con que dió por bien empleado el tiempo que se ocupó en escribir las». Castillo Solórzano. (*La Niña de los embustes*).

«Ocupóse Dios (digámoslo así) en fabricar el mundo seis días». Juan de Zabaleta (*El día de Fiesta*).

«Ocuparse contra un solo vicio y poner allí su principal cuidado». Rodríguez (*Ejercicio*).

«Era tanto el número de aves, y se ponía tanto cuidado en su conservación, que se ocupaban en este ministerio más de trescientos hombres». Antonio Solís. (*Historia de la conquista de Méjico*).

«Los primeros días se ocuparon en varios entretenimientos». (Ibidem).

«...sin ocuparnos en leer mis declaraciones»... Juan de Valdés. (*Carta a Julia Gonzaga*).

«Cuando por un rasgo tan propio de su celo como de su sabiduría se ocupa en reformar de raíz esta preciosa parte de nuestra legislación». Jovellanos. (*Informe sobre la ley agraria*).

«Mil españolas de singular belleza se ocupaban en su delicia y servicio». José Cadalso. (*Cartas marruecas*).

«...un buen número de personajes codiciosamente ocupados en hojear libros...» Forner (*Exequias de la Lengua Castellana*).

«En esto se ocupaban las dos referidas deidades». Leandro Fernández de Moratín. (*La derrota de los pedantes*).

«...otros individuos de la peor calaña se ocupaban en desnudar a los muertos»... Galdós. (*Equipaje del rey José*).

Ocúpate con, contra, y en,

mas no te ocupes de y a

y al idioma de Cervantes

buen servicio prestarás.

UN APRENDIZ DE HABLISTA

CORTINAS DE OLVIDO

No es nuevo este tema. Ya se ha hablado de él bastante. Tiene sonido de viejo y sin embargo puede ser que para muchos solo tenga vagas brisas de recuerdos. Ligeras brisas que se pierden en el ámbito indefinido del olvido.

Pero por aquello de que lo viejo suele ser buena levadura para lo nuevo, o a mejor decir, como la orientación se ha de encontrar en los principios inmutables, he aquí por qué vuelve a salir a primer plano este asunto.

Y helo aquí, traído a líneas, aunque sólo sea buscando la satisfacción de que otra vez rompa el letargo en que se sume. Un letargo triste. Sueño de siglos. Caricias duras del tiempo.

Quiero rasgar un velo gris, de seda cenicienta y bien tupida, que no deja ver la silueta gruesa de unos muros. De unos muros plomizos. Son los muros del Monasterio de la «Concepción». De aquel convento que en 1557 el Franciscano Pedro de Alcántara, fundar en la arboleada ladera que perfila la suave pendiente de la sierra. Se encuentra cerca de Pedroso de Acim y nada lejos de la carretera que conduce a Torrejoncillo.

Para el visitante, guarda la sorpresa de no mostrarse ante sus ojos, hasta no haber llegado muy cerca de sus paredes. Parece ser que el Monasterio, levantado en el abrupto sitio del Palancar, se esconde de la vida, del siglo y hasta de la realidad de las cosas, entre aquella frondosa vegetación para conservar sin litigio toda la huella y el perfume de santidad, que hombres atrás dejaron entre sus paredes, con el perfume místico de sus almas. El arbusto y la maleza es como una enorme marquesina que guardara dentro de sí, uno de los mejores tesoros de nuestra historia santa extremeña. Y el tiempo, ha sido buena llave para ir cerrando paulatinamente, cada vez más, su cerco hasta dejarlo reducido a la extensión—sin darnos cuenta—del olvido. Como si el olvido en verdad, tuviera derecho en aquel santo lugar, a algún espacio material donde encarnarse con toda exactitud. Y es absurdo, porque el espacio de los días, no cuenta en la Infinita Eternidad. Triste es reconocer que todo aquello trasciende a olvido. Hasta el silencio que se escapa de entre sus paredes, no es un silencio de compañía. Trae un algo de tristeza que habla de su abandono. Es un silencio sólo.

¡Qué gran enseñanza tiene la «celda-Monasterio» del Franciscano Pedro de Alcántara! Todo allí es curioso. Lo que primero salta a la vista es su tamaño reducido. Imposible poder comprender que allí vivieran hombres. Claro está, que hay que elevarlos a los altares y puede ser que así nos sea más fácil comprenderlo.

En el más reducido espacio, se encuentran tres pasillos que confluyen al piso bajo—porque el «edificio» tiene dos pisos—siete celdas, un claustro (mide once pies) y dos salas o corredores, uno en cada piso. además de su Iglesia y coro. Es asombroso. Su estrechez, su angostura habla de las puertas del Cielo. Buena senda para caminar hacia ellas. Y en un rincón y más que en un rincón, en una concavidad de la pared, a modo de cueva de poca profundidad y menos altura, hay una cruz de tosca madera. Era la almohada del Santo y aquel lugar, su celda. La peor, por eso la quiso para sí.

Y todavía hay más que ver. El tiempo no cuenta en los momentos que allí vivimos, y las horas pueden perderse «para siempre» en aquella «morada eterna del alma». Todo esto sucede en un momento. En un segundo. En un éxtasis de amor divino, clave del deseo de la Felicidad Eterna.

Pero hay motivos materiales, que con su crudeza de verdad tangible, te sacuden el éxtasis en que caíste, para devolvete de nuevo a la realidad.

Y he aquí uno de ellos. Hay un ruido monótono y zumbón que te persigue. No sabes de donde viene, pero al llevarte la curiosidad a una de las habitaciones donde la oscuridad se desvanece en una mezcla encenizada de luz y sombra, se descubre un manto negro, movedizo y de un ruido sordo. Al primer momento no se puede saber lo que es aquello. Nace la colgadura en uno de los extremos angulares de la habitación y cae abandonada con un ligero movimiento perezoso y ondulatorio hasta el ras del suelo. Es un motivo espectacular, que llama la atención poderosamente. No pudo verse mayor número de mosquitos trenzando cortinas vivas.

Creo que aquello es el manto del olvido que le ha regalado al Monasterio el hombre, con la generosidad del tiempo.

BENITO LÓPEZ MATEOS SÁNCHEZ



MIRADOR

CRÓNICA

EL TEATRO ROMANO DE MERIDA.—INSISTIENDO

SABEMOS cuán difícil es reconocer los yerros en que incurrimos, máxime si tal reconocimiento ha de dar paso a que se deshaga lo ya realizado, pues en casos tales el amor propio mal entendido, se aferra al hecho consumado con todas sus fuerzas y se niega a rectificar. Pero contra la contumacia en el error está la perseverancia en deshacerlo, y este es el caso de las obras del Teatro romano en la parte referente al revestimiento de muros y graderíos con sillares de piedra artificial a base de cemento, imitando burdamente granito; y de ahí nuestra machacona insistencia en mantener una campaña que estimamos justa tanto desde el punto de vista arqueológico como del estético. Poco valor tendría nuestro modesto criterio por sí solo, pero nos complace sobremedida verlo compartido por cuantos han visto o han tenido noticia de la profanación, como hemos reseñado en números anteriores.

Hoy nos hacemos eco de la protesta formulada por la Junta Provincial del Turismo de Badajoz, ante la Dirección General de Bellas Artes, según nos comunica en atento oficio su Vicepresidente D. Demetrio Pérez Mera en contestación al escrito que le dirigimos, y en cuyo oficio nos da, además, cuenta de la sugerencia, que consideramos estimabilísima, hecha a dicha Dirección General para que se proceda a «la construcción de una maqueta en gran tamaño del Teatro, con todos los detalles arquitectónicos y artísticos que convengan, para que pueda apreciarse por dicha maqueta la grandiosidad, estructura y riqueza del monumento». Iniciativa que nos parece muy acertada y digna de ser apoyada por todos.

También queremos recoger la opinión expresada por D. Augusto Fernández Avilés, del Museo Arqueológico Nacional, ante el revestimiento con piedra artificial, diciendo que es la profanación más grande que ha conocido en monumentos arqueológicos; y la del Sr. Alvarez y Sáenz de Buruaga, director de los Museos Arqueológicos de Mérida y de Badajoz, al manifestar «el deplorable efecto que causa al visitante la contemplación de los nuevos trabajos» «ya que hasta gente que no esperaba, se manifiesta en contra». Autorizados pareceres que recogemos como gemas preciosas engarzadas, junto a las que en números precedentes hemos referido, en la campaña iniciada.

¿Se conseguirá algo? Por de pronto sabemos que el Director General de Bellas Artes, Sr. Marqués de Lozoya, ha contestado a la Asociación de Amigos de Guadalupe, en carta dirigida al secretario Sr. Becerro de Bengoa en la que dice: «efectivamente existen denuncias en el sentido que indica, que figuran en los antecedentes de la Sección del Tesoro Artístico y sobre ello informes de los técnicos». Esperemos.

Y ya en relación con el problema general que a Mérida plantea la necesidad de su expansión y el tope del coto arqueológico, prosigue diciendo el Sr. Marqués de Lozoya: «La Dirección General de Bellas Artes ofició en un sentido de armonía entre los intereses artísticos—que a todo trance hay que defender—y las exigencias de la vida moderna en una capital como Mérida que cada día va aumentando su población y su industria». Ojalá sea pronto realidad esa solución armónica.

HOMENAJE DE EXTREMADURA A SAN PEDRO DE ALCANTARA

Venía ya caldeado el ambiente por la actuación incesante y eficaz en la prensa «de El Alferez de San Pedro de Alcántara» y del desaparecido Sr. Sánchez Solís, cuando en el discurso de clausura de la II Asamblea de Estudios Extremeños, el Gobernador Civil, Sr. Rueda, se expresó así: «Y, para terminar, yo quisiera que, sin esperar más tiempo, de esta misma Asamblea surgiera una reparación que Extremadura debe a uno de sus más preclaros hijos. Se llamaba a sí, humildemente, modestamente, nada más y nada menos que Pedro y hoy la Iglesia lo denomina San Pedro de Alcántara». Aquella misma noche, en la Diputación Provincial, nos reunimos un puñado de asambleístas, acordándose que el homenaje que se rindiera al santo extremeño abarcaría los siguientes extremos: 1.ª Reconstrucción del Convento del Palancar. 2.ª Erección